

LA MONTAÑA

EL LEÑADOR

Miradle, allá va por un sendero del bosque, encorvado, envuelto en el viejo *kapusai* que le cubre todo el cuerpo menos la cara, con las manos en los bolsillos y la terrible hacha debajo del brazo. A uno y otro lado mueve la cabeza, mirando atentamente los árboles, que extienden en todas direcciones sus desnudas ramas, infinitas falanjes de un monstruoso esqueleto, buscándose unas á otras como pidiéndose proteccion.

El viejo va buscando su víctima entre los que van desfilando ante su vista. Al fin se pára delante de uno de añoso tronco, de infinitas ramas, y empieza su obra el verdugo de los bosques, haciendo desparecer en pocos minutos aquella grandeza, aquel mundo de ruidos misteriosos al paso del viento, aquella verde cúpula, obra de la naturaleza, que tantos años invirtió en crearla. Su víctima cae á tierra exhalando así como quejas y lamentos, de rabia, dolor y desesperacion de ser impotente contra la fuerza de un hombre, que, mísero mortal, nunca alcanzó la grandeza con que el árbol desafiaba á la tempestad, doblándose, pero volviendo arrogante á resistir el empuje, agitando sus ramas, como la cabellera de un titán que aguardase la piedra contra él arrojada.

Cruje el árbol, sí, al caer pesadamente, por la ingratitud del leñador á quien protegió con su sombra en los días del estío cuando labrando la tierra buscaba anhelante un lugar fresco para su cuerpo bañado en ardiente sudor; cruje porque aquel hambre no recuerda que bajo sus ramas jugó. cuando niño, y trepó por su tronco en busca de nidos.

Ahora le derriba, le corta, le despedaza, le astilla; y allá en la próxima primavera, cuando el árbol debiera lucir su nuevo y verde ropaje, solo existirá de él un monton de cenizas en un rincon del hogar!

LUIS BARRERA.
